

sagrada: tal fué Eurípides, que había nacido en la isla de Salamina en 480, es decir, cuando la victoria de Temístocles. Era hijo de una familia sumamente modesta, discípulo de Anaxágoras, amigo íntimo de Sócrates, y poeta de muy esclarecido ingenio. Su arte, contra el cual se esgrimió la amarga crítica de Aristófanes, pero que cada día fué ganando en mayor grado el favor del público, ennoblecía las mas grandes pasiones, reuniendo á una poderosa inventiva, una gran independencia, reflexion, filosofía y un excepcional ardor poético.

Eurípides que murió poco tiempo antes que Sófoles, terminó sus días en la macedónica Pella, á donde había sido llamado por el rey Arquelaos, el cual aprovechaba el período de tranquilidad que le dejaba la guerra de Decelia, para civilizar al modo helénico su territorio por medio de construcciones de vías públicas, establecimiento de nuevas ciudades y plazas fuertes y perfeccionamiento de su ejército, y para con-

vertir su corte, trasladada de Egea-Edesa á Pella, en punto de reunion de los mas famosos helenos, á cuyo objeto se atraía á algunos artistas y poetas griegos. Sin embargo, este rey, cuyo amor á las artes era algo superficial, no pudo conquistar á un ateniense muy renombrado, representante de la mas depurada filosofía moral de aquel tiempo, el ya anciano Sócrates (nacido en 470), padre de la nueva filosofía, cuya fama entonces comenzaba á rivalizar con la de los poetas áticos, á la cual acabó por sobreponerse.

Con tales medios preponderaba todavía la combatida Atenas de un modo extraordinario sobre sus brutales enemigos y vencedores. Pero contra el fallo del dios de la guerra no cabía apelacion alguna. Las culpas de los atenienses y la fuerza mayor de sus enemigos habían destruido los últimos restos de las creaciones de Temístocles, Cimón y Pericles. ¿Qué mas podía pretender Esparta, rehabilitada desde entonces como única potencia del preponderante mundo heleno?

CAPÍTULO II

LA SUPREMACÍA DE LOS ESPARTANOS HASTA LA PAZ DE ANTÁLCIDAS

I. Nueva situacion de los espartanos.—II. Dominacion de los treinta en Atenas y levantamiento de Trasíbulo.—III. Restablecimiento de la democracia ática. Muerte de Sócrates.—IV. Guerra de los espartanos contra Elis. Agesilao, rey de Esparta.—V. Mercenarios griegos. Guerra promovida en Persia por el príncipe Ciro.—VI. Jenofonte y la retirada de los diez mil.—VII. Guerra entre Persia y Esparta. Caída de Lisandro.—VIII. Expedicion de Agesilao al Asia Menor.—IX. Gran levantamiento de los griegos contra Esparta. Muerte de Lisandro. Guerra beocio-corintia.—X. Regreso de Agesilao. Batallas de Nemea, Gnido y Queronea.—XI. Conon reconstruye las murallas de Atenas. *Mores* espartanas. *Peltastes* de Ificrates.—XII. Guerra en el istmo.—XIII. Antálcidas en Asia.—XIV. Guerra marítima. Paz de Antálcidas.

I.—NUEVA SITUACION DE LOS ESPARTANOS

Muchos eran los helenos que en una época en que no había ninguna escuadra ática, en que el odiado demos de Atenas permanecía encadenado á una guarnicion espartana y á una caterva de rudos oligarcas, creían firmemente que había entrado Grecia en una edad dorada de libertad y que el mundo griego iba á gozar de un período de tranquilidad por el cual tanto se había luchado. Esparta tenía que llevar á cabo una tarea tan improba como rica en esperanzas, demostrando ser un Estado suficientemente poderoso para conservar los millones de súbditos que en el mundo griego tenía. Cuando Lisandro, despues de haber sometido á Samos, hizo en el siguiente verano de 404 su entrada triunfal en Esparta, llevando consigo los buques áticos conquistados y un tesoro de 470 talentos, había llegado el Estado á un grado de poder, cual no había alcanzado nunca. Una sola palabra de un simple ciudadano de Esparta tenía en toda la Grecia fuerza de ley, no habiendo potencia alguna que no se viese obligada á temerla y respetarla.

Pronto comprendieron los helenos con horror que ni antes habían conocido á Esparta, ni despues habían comprendido hasta qué punto los espartanos habían modificado su antiguo carácter durante la guerra. Los espartanos se mostraron completamente ineptos para hacer de su nuevo poder mas que una soberanía violenta, brutal y egoísta. Su alianza con Persia les impedía conservar, al modo ateniense, la independencia de las ciudades griegas del Asia, entregadas ignominiosamente en pago del auxilio recibido del rey persa. Los griegos vieron

claramente poco despues de haber sido derribadas las fortificaciones áticas, la trascendencia que para la Grecia tenía la desaparicion de una Atenas fuerte y libre, y el valor que podía darse á la nueva libertad bajo la dominacion de Lisandro. Entonces se ejercieron las mas brutales venganzas en aquellas comunidades que se habían mantenido durante algun tiempo fieles á Atenas, ó que, por mejor decir, no se habían unido con Esparta; y en todas partes se hablaba de los violentos, salvajes é infames manejos de los gobernadores lacedemonios, nombrados de entre las clases mas inferiores, no faltando algunos que pertenecían á la de los ilotas. Esparta no oponía defensa alguna legal contra tales atentados ni contra la terrible crueldad de la decarquía lisándrica, como acontecía antes en Atenas, en el Dicasterio del tan injuriado demos ático. Ya no se hablaba de las elegantes formas de los atenienses, ni de los goces artísticos, ni de las ventajas mercantiles de que los apóstatas aliados del pueblo ático habían disfrutado, gracias á su alianza con Atenas: solo se trataba del tributo que los antiguos amigos del Atica tuvieron que pagar á Esparta despues de la guerra. Algunos Estados de regular poderío, como Tebas y Corinto, fieles partidarios de Lacedemonia, vieron con desagrado que Esparta, cuando ya no necesitaba para nada de su auxilio, no daba importancia alguna á sus intereses, á sus deseos, ni á sus opiniones. En tales circunstancias, con el odio acendrado que en todas partes alimentaba el avasallado y maltratado demos contra Esparta y contra la oligarquía, levantóse una profunda y apasionada aversion hácia la supremacía de los espartanos, que pronto ocasionó grandes conmociones.

No sabían, sin embargo, los antiguos y los nuevos enemigos de Esparta que la fuerza interior del poderoso Estado se hallaba amenazada por su propio nuevo desarrollo. Los espartanos, para conseguir el aniquilamiento completo del poderío ático, y desde que habían recibido las lecciones del pérfido Alcibiades, se habían servido durante muchos años, y con creciente energía, de medios que hubieran sido llamados revolucionarios por sus predecesores; pero no se hizo esperar la reaccion producida por tales procedimientos. Los temores de los contemporáneos del vencedor de Platea, se convirtieron entonces en realidad: la disciplina espartana no regia sino en raros lugares, y solo, como había necesariamente de suceder y sucedía en efecto, cuando muchos ciudadanos se veían encumbrados, en la mayor parte del territorio, á los mas elevados puestos, desde donde hacían las posibles tentativas para sostenerse. Mucho mas que las costumbres, la necesidad de tener grandes sumas de dinero y de operar con ellas, contribuyó á corromper á los espartanos, entre cuyos hombres mas influyentes se había contraído, desde los tristes días de Pausanias, el fatal uso de introducir la corrupcion en las mismas leyes. El espanto de los antiguos conservadores de Esparta fué grande, cuando Lisandro, al regresar de su expedicion, estuvo, en vista del irrecusable progreso en la situacion dominante de Esparta, que se edificase un tesoro, para depositar en él los tributos que los aliados libertados de Atenas debían enviar á la nueva capital de Grecia.

II.—DOMINACION DE LOS TREINTA EN ATENAS Y LEVANTAMIENTO DE TRASÍBULO

De un modo mucho mas sensible debieron influir las prácticas altamente revolucionarias, con las cuales y á pretexto de la propaganda oligárquica se había minado la preponderancia de Atenas y su democracia. Esta influencia se iba haciendo cada vez mas poderosa. Por un lado, los elementos oligárquicos de Esparta disminuían extraordinariamente las pocas facultades que quedaban al poder monárquico; la disgregacion de la nauarquía de la competencia real y la sujecion de los harmostes á los eforos, eran buena prueba de ello. Por otro lado, la guerra y su direccion revolucionaria no podía seguir en manos de los miembros subordinados á Esparta, sin ejercer una influencia perjudicial. Como ni la constitucion ni la oligarquía espartanas se hallaban dispuestas á dar una organizacion al estado de cosas existente y á extender la base del poder del Estado dominante, extension tanto mas necesaria, cuanto que la larga guerra había disminuido mucho las filas espartanas, de aquí que se formara entre los ilotas y los periecos una tendencia cada vez mas hostil contra los «diez mil gobernantes» que fué robustecida por muchos de estos últimos. Cuanto menos había podido impedir la política sospechosa de los espartanos que con motivo de las necesidades de la guerra apareciesen nuevos intermediarios entre los espartanos y los vencidos laconios, tanto menos pudo evitar con sus artificios y cuidados que, á pesar de la estructura social del Estado, contradictoria por naturaleza, se introdujese una notable desigualdad en la posesion de bienes entre los mismos espartanos. Mas aun; habíase formado gradualmente una ruda y hostil antipatía entre los orgullosos homeos y el número no escaso de ciudadanos que por su pobreza no habían podido ingresar en la sicicia, y se hallaban por lo tanto excluidos de participacion en la alta vida del Estado.

Esparta tenía entonces un hábil reformador, dotado de grandeza real, de profunda penetracion, de extraordinaria fuerza y de un entusiasmo lleno de atractivos, capaz de dominar los peligros y dificultades que nacían y se alimentaban ocultamente en las mejores partes del Estado, y de llegar á una

soberanía provechosa para el mundo griego. Mas, por desgracia, el grande hombre de Estado, Lisandro, que no pensaba en tales reformas, había llegado á declararse en oposicion con el antiguo orden de cosas. El extraordinario poder de este hombre, que tenía en sus manos las riendas de todo el oligarquismo griego, se oponía á todas las costumbres espartanas. La enemistad que se formaba, por consecuencia, entre él y los antiguos poderes legales del Eurotas, le llevó á un camino revolucionario, á cuyo término solo podía encontrarse la tiranía. La envidia que los reyes y los eforos tenían de su poder, contribuyó á destruir muy pronto una parte de sus orgullosas creaciones y á debilitar notablemente la preponderancia de Esparta en Grecia, preponderancia que á él era en gran parte debida.

Esto se vió mas claramente en el año 403, cuando en Atenas levantó de nuevo su cabeza la democracia. El gobierno de los treinta, formado provisionalmente en el verano de 404, había pasado muy rápidamente. No se había pensado en bosquejar la nueva constitucion: púsose en práctica un poder desconsiderado; no se formó la Iglesia; se acabó con los tribunales jurados y con el Areópago; se confirieron á personas adictas los restantes cargos y las funciones de miembros de la Bula, que tenían jurisdiccion criminal; se puso el Pireo bajo la direccion de un colegio compuesto de diez individuos que, protegido por la nobleza jóven y por las tropas enemigas de la ciudadela, se propuso por sistema la persecucion de cuantos eran contrarios, ó sospechosos, ó incómodos para la oligarquía. Los destierros, confiscaciones y ejecuciones estuvieron en Atenas al orden del día. El hombre mas importante que eludió la venganza y el temor de los treinta, apoyado por los enemigos que tenían en Esparta y por la corte del príncipe de Sardes, fué Alcibiades, el cual, despues de la victoria completa de los espartanos, se había puesto bajo la proteccion del príncipe Farnabazo y había acabado por trazar un plan con objeto de descubrir al nuevo rey Artajerjes II, Mnemon, que gobernaba en Susa desde fines del año 405, los propósitos subversivos de su hermano Ciro, y de atraerse luego su apoyo para Atenas. Por esto se vió Farnabazo obligado, siguiendo á lo que parece las órdenes recibidas de Susa, á dar la muerte á su huésped en la ciudad frigia de Melisa, durante el viaje que hizo en 404 á Susa.

La dominacion oligárquica entró rápidamente en las vías de un terrible sistema sanguinario, cuyo carácter iba empeorando cada vez mas, hasta que el Lisandro ático, el hombre mas importante y el mas desconsiderado reaccionario del partido, en una palabra Critias, acusó ante el consejo á su colega Terámenes, le condenó por sí mismo á muerte en vista de la indecision de sus compañeros, y mandó ejecutarle en el acto. Terámenes experimentó esta desgracia porque, temiendo las consecuencias de un tal terrorismo, quería emprender un camino mas moderado, y había aconsejado la creacion de una burguesía mas numerosa que la que había, y que contra su parecer se hallaba entonces reducida á 3,000 hombres. Nuevos destierros, innumerables confiscaciones, la venta de los arsenales con obligacion de demolerlos y todo un sistema de destruccion llevado á cabo cada vez con mas violencia, acabaron con cuanto se había hecho en una gloriosa historia de cien años.

En tales circunstancias, reuniéronse en las grandes ciudades vecinas un gran número de desterrados y fugitivos áticos: el odio á los treinta y la oposicion contra Esparta habían llegado á fines de 404 á tal punto, que no solo Argos, antigua aliada de Atenas, sino la misma Tebas, su acérrima enemiga, hicieron caso omiso de la prohibicion que les habían impuesto los espartanos de dar asilo á los fugitivos. Los mas atrevidos de estos, mandados por el célebre general Trasíbulo y

por el curtidor Anito, se reunieron precisamente en Tebas: ellos fueron los que, á principios del año 403, en número de setenta, se apoderaron y fortificaron el castillo de File, tan bien situado y de tan buenas condiciones estratégicas, distante solo tres millas de Atenas. Engrosadas sus filas, tentaron los nobles y los tres mil burgueses un nuevo ataque, que fracasó por completo. Una nueva victoria que alcanzó Trasíbulo con 700 hombres en Acarnea, acrecentó en gran manera las fuerzas de los fugitivos, mientras los horrores de Critias aumentaban de día en día. Entonces conquistó Trasíbulo, gracias á una audaz acometida, el Píreo, y se apoderó de la fuerte Munychia, desde donde comenzó al poco tiempo el ataque formal contra los oligarcas.

Como esta derrota, en la cual el propio Critias encontró la muerte, había conmovido violentamente la oligarquía de Atenas, esta comenzó ya á dividirse en dos grupos. Los crueles partidarios de Critias mandados por los treinta y por los tres mil, se retiraron á Eleusis, pasando el poder de Atenas á manos de un nuevo colegio compuesto de diez individuos, que seguían la moderada política propuesta por el malogrado Terámenes, pero que no pensaban en unirse con Trasíbulo, quien veía aumentar gradualmente sus fuerzas materiales, y acosaba cada vez mas de cerca la ciudad. En tales circunstancias, el gobierno de Atenas, como ya habían hecho los habitantes de Eleusis, imploró, en febrero de 403, por conducto de su jefe Feidon, el auxilio de los espartanos. Esto pareció peligroso para Trasíbulo, máxime cuando Lisandro fué enviado á Atenas como harmoste, mientras su hermano Libys corría con 40 buques hácia el Píreo. Ya se había bloqueado este puerto, ya se encontraba en Eleusis Lisandro con 1,000 guerreros escogidos, cuando penetró en el Atica, contra los deseos de aquel hombre de Estado, un ejército peloponesio mandado por el rey Pausanias. En este momento tan decisivo, los eforos y los reyes de Esparta se habían unido al fin, para no dejar que la marcha de las cosas áticas estuviese por mas tiempo en manos de Lisandro. De este modo recayó la preponderancia en Pausanias, decidido á hacer real y efectiva cuanto antes la igualdad en el Atica.

Cuando despues de un combate desgraciado, Trasíbulo aceptó la mediación del rey, y se presentaron 15 comisionados de Esparta, que, en union con Pausanias, debían reorganizar los asuntos áticos, se consiguió despues de largas negociaciones, á fines del verano de 403, restablecer la paz interior en el Atica; circunstancia que, además de ser la primera gran derrota de Lisandro y de su política, salvó la existencia y el porvenir de la democracia de Atenas. Los treinta, la antigua decarquía del Píreo y sus verdugos, conocidos por los once, fueron arrojados de Atenas: los partidos de la ciudad y del Píreo ajustaron paz y amistad entre sí, se proclamó una amnistía general, cosa inusitada en las guerras de la revolución, y se abrió de nuevo la patria á todos los que de ella habían sido desterrados. Pausanias regresó al Peloponeso con el ejército de Calibio y las restantes tropas. Trasíbulo y sus soldados entraron el 21 de setiembre en Atenas, cuyo pueblo les aclamó con júbilo, y cuya constitucion democrática, despues de haberse celebrado con grandes fiestas la amnistía, sufrió, como veremos, ciertos cambios y limitaciones.

III.—REESTABLECIMIENTO DE LA DEMOCRACIA ÁTICA. MUERTE DE SÓCRATES

Elegidos los nuevos arcontes, cuyo epónimo Euclides dió su nombre al año de la restauracion, y cuando se consiguió hacer desaparecer por medio de la astucia y de la fuerza al resto de los treinta que se mantenían hostiles en Eleusis,

Trasíbulo y Arquino, jefes de la nueva democracia, procuraron con grande energía impedir todo acto ó tentativa de venganza, y se dedicaron á llevar á cabo las reformas mas prudentes y necesarias. Despues de una revision metódica de la legislacion ática y de haberse acordado que en lo sucesivo solo tendrían derecho completo de ciudadanía los hijos de ciudadanos áticos, se devolvió al Areópago una parte de su antiguo poder político, y se le confirió la tarea de velar por la estricta observancia de las nuevas leyes y por su sincera conservacion. Suprimieron las dietas de los jurados, consejos y eclesia; los tribunales de los helenotamios que funcionaban sin obstáculo alguno, fueron suprimidos, para lo cual se crearon los nuevos funcionarios, el tesorero de guerra y el teoricon, es decir, director de la caja para las fiestas del Estado: ambas cajas debían recibir los sobrantes de los ingresos anuales.

Los malos tiempos del nuevo año proporcionaron por lo menos á Atenas dos ventajas: por una parte se había destruido el partido oligárquico, que solo se había hecho notable por su sistema de terror; y por otra la salvacion de una prudente democracia hacia esperar en lo porvenir días mas felices. Muchos de los antiguos y buenos rasgos característicos habían podido ser resucitados, entre ellos las muestras de piedad hácia los dioses y el amor á las artes, acordándose y llevándose á cabo, en 395 á 394, la restauracion del antiguo santuario del Estado, el Erecteo. Pero no dejaron de hacerse algunas innovaciones perjudiciales: así, por ejemplo, se intentó de nuevo eludir la amnistía y, ya con ocasion de las pruebas que se exigían á los candidatos para los oficios del Estado, ya por medio de procesos, tomar venganza de las penas que habían tenido que sufrir tantas familias áticas durante la terrorífica dominacion de los oligarcas. Todas estas tentativas fracasaron generalmente; mas por desgracia, en 399, la impaciencia por vengarse de los oligarcas y de sus amigos, por medio de los procesos, llevó á la muerte á uno de los hombres mas nobles que en aquella época existían en Atenas; nos referimos á Sócrates. A pesar de que había permanecido alejado de todo movimiento de los partidos del Estado ático; á pesar de que se había mostrado siempre valiente soldado, y de que, como ciudadano, cumplía fielmente todos sus deberes; á pesar de mostrarse contrario á todas las ilegalidades, así de la oligarquía como de la democracia, se había atraído el septuagenario filósofo muchas antipatías personales. La existencia de una personalidad tan original solo era posible en Atenas, dado el estado del resto de Grecia, y su antigua austeridad de filósofo moralista había herido la vanidad de muchos de sus conciudadanos. La masa democrática le miraba como uno de aquellos sofistas tan poco apreciados, y ningun cariño profesaba á aquel ciudadano que á su vez ninguno sentía por la democracia. Renovóse entonces el recuerdo de que algunos años antes había estado en íntimas relaciones con hombres como Critias. Los rudos artesanos veían en aquel hombre, que se atraía los hijos del pueblo, apartándoles de ocupaciones *prácticas*, un corruptor de la juventud. Por fin no faltaron, como sabemos, en Atenas acusaciones peligrosas en las cuales se calificaba á Sócrates, á quien el oráculo de Delfos había designado como el mas puro de los helenos, de enemigo de la religion. No ha llegado hasta nosotros el medio empleado por el odio que hácia un hombre tan célebre se sentía, para salir triunfante en su empeño; con todo, la union de sus acusadores, el poderoso demócrata Anito, el retórico Licos, y en apariencia, como principal acusador, el poetaastro Melito, consiguió que Sócrates, acusado como apóstata de la religion de sus padres, inductor de nuevas divinidades, y corruptor de la juventud, fuese citado para comparecer ante los jurados, que irritados además por

el orgulloso y elevado sentido de sus procedimientos contrarios á la práctica de la defensa, acabaron por pronunciar contra él una sentencia de muerte, que se cumplió en mayo del año 399.

Los atenienses no presentían que durante muchos siglos el nuevo esplendor de su ciudad, y en parte tambien su existencia material, debía apoyarse en las escuelas que habían de fundar los discípulos de la noble víctima. Entonces sus principales esfuerzos se encaminaron á salvar el resto de su bienestar, y á abrir nuevas fuentes de prosperidad material. Tarea era esta muy difícil, pues se necesitaban interminables cuidados para volver á hacer fructíferos los devastados terrenos. El Atica no pudo volver ya á aquel grado de esplendor que había alcanzado en antiguos tiempos, ya que solo en parte podía reconstituirse una clase labradora activa é inteligente. La situacion privilegiada de la ciudad, hizo que la actividad general se inclinase mas al comercio y á la industria, y en este sentido estábale todavía reservado al Estado ático un nuevo y brillante porvenir. Por esto pudo tratarse por primera vez seriamente de enemistar entre sí á las potencias persa y espartana, cuando la alta política de la época, dirigida por Esparta y Persia, comenzó á tomar un rumbo desfavorable á la primera.

IV.—GUERRA DE LOS ESPARTANOS CONTRA ELIS. AGESILAO, REY DE ESPARTA

La incontestable preponderancia de los espartanos subsistió hasta el tiempo de la muerte de Sócrates, bien que Lisandro no supo conservar por mucho tiempo su privilegiada y fuerte situacion. La envidia de los reyes y de los eforos, que ya en la primavera de 403 le había arrancado la decision de las luchas de los partidos áticos, le preparó una serie de humillaciones, hasta el punto de que viéndose en aquel mismo año completamente desprestigiado, prefirió disimular su derrota, haciendo un viaje al oráculo Júpiter-Ammon, que se encontraba en el oasis de Siwah. Con esto, perdieron gran parte de su fuerza los partidarios que tenía en las ciudades por él organizadas oligárquicamente, y por su parte los tribunales espartanos renunciaron á hacer prevalecer desconsideradamente los intereses particulares de aquel caudillo. La sangrienta venganza que tomaron los espartanos de los eleos, que durante la guerra peloponésica se habían mostrado repetidas veces indómitos en alto grado, es uno de los rasgos característicos que en este sentido pueden citarse. La guerra que contra los eleos, protegidos por el ejército etolio, comenzaron aquellos en la primavera de aquel año, bajo la direccion de Agis II y con el contingente de la península y de los atenienses, y que prosiguieron, apelando al saqueo de la rica y fértil comarca, terminó durante el verano de 400, poco antes de la celebracion de los juegos olímpicos, con la completa humillacion de los eleos y con la entera descomposicion de su Estado: Elis, no solo perdió la Trifilia, sino que tuvo que ceder á Arcadia todo el territorio alto que se extendía al Este de la capital, entregar el puerto de Cilene, con la escuadra, y consentir la autonomia de los pequeños lugares que se encontraban al Norte del Alfeo, derribando al propio tiempo las murallas que rodeaban la capital del Peneo.

Poco tiempo despues de haberse llevado á cabo este acto *práctico* de violencia, cuyas consecuencias fueron la instalacion en Heraclia, junto á las Termópilas, de un rígido harmoste, murió el rey Agis II, dejándose sentir con este motivo la poderosa influencia del rencoroso Lisandro, cuando se trató de la sucesion del trono. Leotíquidas, hijo del rey muerto, fué considerado como bastardo de Alcibiades, á pe-

sar de que Agis le había reconocido como suyo en los últimos días de su enfermedad. Lisandro supo persuadir á su amigo Agesilao, hijo de una segunda mujer del antiguo rey Arquidamas, y hermanastro, por consiguiente, de Agis, para que disputase el legítimo origen de Leotíquidas y se apoderase de la corona. Agesilao era pequeño, débil y enfermizo; pero se le consideraba como un espartano valiente, estaba dotado de grandes condiciones militares y gozaba de gran popularidad. Despues de largos y violentos debates, la astucia de Lisandro consiguió que la eleccion recayese en favor de Agesilao. Cuando los enemigos del nuevo pretendiente, en un momento decisivo, recordaron, con ayuda del influente Diopites, intérprete de oráculos, un antiguo oráculo de la Pitonisa de Apolo, que amonestaba á Esparta para que huiese de una monarquía débil; cuando era de esperar, por lo menos, que se apelaría á la decision del oráculo de Delfos, Lisandro se atrajo rápidamente la mayoría de la asamblea espartana, valiéndose del ingenioso simbolismo de que el oráculo había querido significar que se guardasen, no de un rey débil corporalmente, sino de un monarca que no descendiese de la familia de los Heráclidas. Esta opinion prevaleció y fué elegido rey, en el verano de 399, no el niño, sino el hombre en la plenitud de su edad, pues Agesilao había nacido en el año 442 ó 441 antes de Jesucristo. Lisandro no cabía en sí de gozo: no solo creía que, dada la decadencia de la antigua familia de los Heráclidas y con motivo del nuevo nombramiento de monarca, sus vastos planes personales obtendrían el favor del victorioso pretendiente, sino que estaba seguro de que podría hacer obrar á su antojo al rey elegido. Pero ¡cuán poco conocía el prudente hombre de Estado á su discípulo, y cuán mal juzgaba su ambicion! No esperaba ciertamente Lisandro que este astuto político, que en seguida supo atraerse con su benevolencia y con su buen humor las simpatías del pueblo y con su refinada complacencia y su considerada prevision las de la oligarquía y de sus órganos, los eforos, se preparase para apoderarse, á título de rey, de una buena parte del poder monárquico. Poco cuidado le inspiraba pensar que Agesilao, apasionado amigo de sus amigos, pudiese utilizar sus lecciones y el arte de preparar los golpes decisivos con astucia y habilidad, en contra de aquel que había sido propiamente su maestro. La próxima campaña, que ambos pensaban dirigir juntos, preparaba á Lisandro la humillacion mas grande de cuantas en su vida había sufrido. Aquella expedicion tenía por objeto final vencer á los mismos persas que se habían unido en otro tiempo con Lisandro para ir contra Atenas, y que, á la muerte de Agis II, operaron, con acierto, un cambio radical en su política exterior.

V.—MERCENARIOS GRIEGOS. GUERRA PROMOVIDA EN PERSIA POR EL PRÍNCIPE CIRO

Este cambio tan trascendental para la posterior historia de Grecia, era una consecuencia natural y lógica de las relaciones que con su aliado Ciro de Sardes habían seguido los espartanos. Este príncipe eminente, que deseaba apoderarse, aunque tuviese que apelar á la fuerza, del vasto imperio de los Aqueménides, para cuya soberanía tenía mas disposiciones personales que su real hermano, había procurado incensantemente, desde 404, engañar á la corte de Susa respecto de sus planes y poner en pié de guerra un poderoso ejército, valiéndose de varios pretextos. Lo principal para él era el alistamiento de un cuerpo de tropas griegas auxiliares, pues el prudente príncipe, que no participaba de las preocupaciones de sus compatriotas, había sabido apreciar la temible fuerza de las armas griegas. Muchos eran los mercenarios